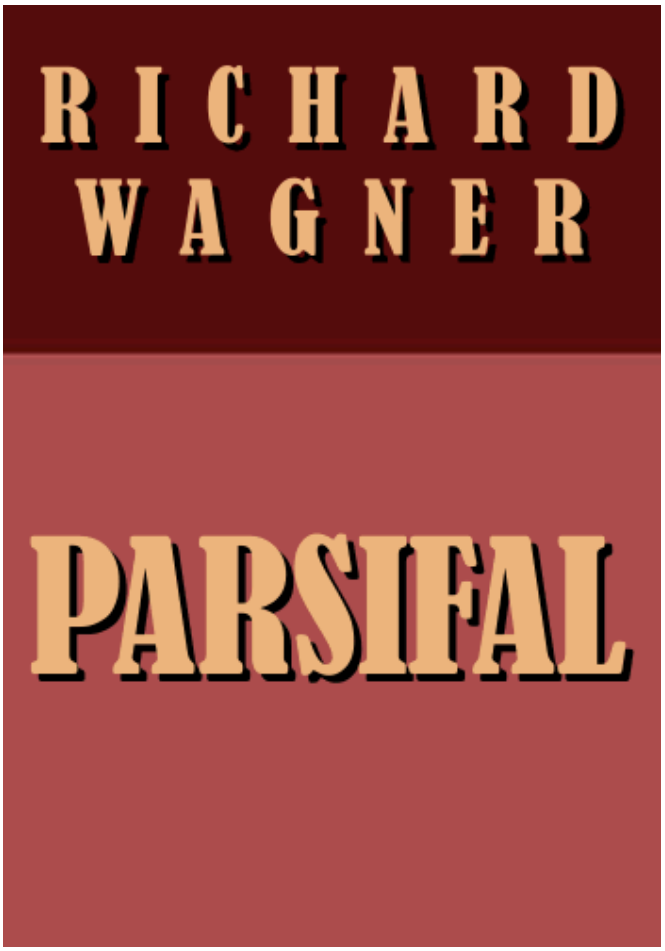
LIBRO dot.com

Parsifal

RICHARD WAGNER



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PERSONAJES

AMFORTAS
GURNEMANZ
KLINGSOR
TITUREL
PARSIFAL
KUNDRY
CABALLEROS DEL GRAL Y ESCUDEROS.- HECHICERAS DE KLINGSOR

Sitio de la acción: El dominio y castillo de los guardianes del Gral en Montsalvat; el aspecto de la comarca es el de las montañas septentrionales de la España gótica.-El castillo encantado de Klingsor en la vertiente meridional de las mismas montañas, figurando estar situado de frente a la España árabe.-El traje de los caballeros del Gral y de los escuderos, como el de los templarios: armaduras blancas y capas; pero en vez de la cruz roja, una paloma volando bordada en el escudo y en la capa.

ACTO PRIMERO

Bosque umbroso y triste, pero no oscuro. Terreno rocalloso. Un claro en el medio. A la izquierda el camino que conduce al castillo del Gral. En la parte central del fondo el terreno se ahonda, formando un lago.: Amanece.-Gurnemanz (viejo robusto) y dos escuderos (jóvenes de corta edad), duermen tendidos debajo de un árbol. A la izquierda, procedentes del castillo del Gral, se oyen los alegres acordes de las trompetas que tocan diana.

GURNEMANZ (despertando y sacudiendo a los escuderos).-¡Sus, guardianes! ¡Ea, dormilones, velad a lo menos por la mañana! (Los dos escuderos se levantan y caen

avergonzados de rodillas.) ¿Oís el toque de llamada? ¡Dad el gracias a Dios que os ha concedido oírla! (Se arrodilla con ellos; rezan juntos la

oración matutinal, y cuando las trompetas cesan, se levantan.) ¡Levantaos, muchachos! Id a ver si está pronto el baño; ya es hora que esperéis allí al rey; allá se acercan los mensajeros qué preceden su litera. (Salen dos caballeros por el lado del castillo.) ¡Salud! ¿Qué tal está hoy Amfortas? Me parece que se dirige muy temprano al baño. Supongo que la hierba medicinal que Gawan ha obtenido con tanta astucia como temeridad, le habrá producido algún alivio.

PRIMER CABALLERO. -Y ¿tú lo supones, tú que todo lo sabes? Ha recrudecido el dolor, y por cierto con más intensidad que antes: no le ha dejado cerrar los ojos en toda la noche y por esto mandó disponer temprano el baño.

GURNEMANZ (bajando con tristeza la frente). ¡Es locura esperar si el único alivio para él consiste en la salud! Ya podéis buscar y probar todas las hierbas y todas las pócimas del mundo: no hay sino un remedio; uno solamente.

PRIMER CABALLERO.-¡Dilo pues!

GURNEMANZ (evasivamente).¡Cuidad del baño!

PRIMER ESCUDERO (dirigiéndose hacia el fondo con el otro escudero y mirando hacia la derecha).- Miradla, allá, la salvaje amazona.

SEGUNDO ESCUDERO.-¡Cómo ondean las trenzas de aquella diabólica mujer!

PRIMER ESCUDERO.-SI, es Kundry.

SEGUNDO ESCUDERO.-Quién sabe si trae noticias importantes?

PRIMER ESCUDERO.-¡Con qué vertiginosa rapidez se acerca!

SEGUNDO ESCUDERO.-¿Ha cruzado los aires volando?

PRIMER ESCUDERO. Ahora se arrastra por el suelo.

SEGUNDO ESCUDERO.-Barre el musgo con las trenzas.

PRIMER ESCUDERO.-Ya baja, la salvaje.

(Kundry entra precipitadamente, casi corriendo. Traje burdo y alto de cintura; cinturón de piel de sierpes colgando; pelo negro y esparcido en trenzas ondeantes; tez de un pardo rojizo subido; ojos negros y penetrantes, a veces de mirada feroz, a menudo como cadavéricos e inmóviles.-Se acerca apresuradamente a Gurnemanz y le entrega un frasco de cristal.)

KUNDRY-Toma, aquí tienes el bálsamo.

GURNEMANZ.-¿De dónde lo trajiste?

KUNDRY-De mucho más lejos de lo que puedes imaginar. Si este bálsamo no es eficaz, te aseguro que la Arabia no encierra otro que pueda curarle. No preguntes más, porque estoy fatigada.

(Se tiende en el suelo. Un séquito de escuderos y caballeros comparecen por la izquierda llevando y acompañando la litera en que se encuentra echado Amfortas. Gurnemanz se aparta de Kundry y se dirige hacia el cortejo.)

GURNEMANZ (mientras el cortejo llega al escenario).-Ya se acerca: le traen en andas. ¡Ah, cuánto me pesa ver al rey del más glorioso linaje, esclavo de una camilla, cuando aún se halla en la flor de la edad! (A los escuderos.) ¡Mucho cuidado! ¿Acaso no oís? El rey gime.

(Aquellos separan y depositan la litera.)

AMFORTAS (incorporándose levemente).-¡Bien! Gracias. ¡Dejadme descansar un poco! Después de una noche de crueles sufrimientos, bueno es contemplar la magnificencia del bosque iluminado por la aurora; la ó la del lago sagrado me refrigera, me alivia: el dolor" se aplaca y se aclara la noche tormentosa. ¡Gawan!

PRIMER CABALLERO.-Señor, Gawan no quiso aguardar. Viendo que la virtud de la hierba obtenida a costa de tantos sacrificios frustró tu esperanza, ha corrido en busca de otro remedio.

AMFORTAS.-¿Sin mi permiso? ¡Ya expiará su desobediencia a los preceptos del Gral! Si ese hombre atrevido y obstinado cae en los lazos que le tiende Klingsor, ¡pobre de él! Que nadie perturbe mi paz. Espero la venida del predestinado. «El loco casto...» ¿No es así?

GURNEMANZ. Así nos lo dijiste.

AMFORTAS.-«Iluminado por la compasión...» Creo que le reconozco. ¡Ojalá pudiera llamarle: la muerte!

GURNEMANZ.-No tan pronto, señor; primero prueba de este bálsamo. (Le da el frasco de cristal.) AMFORTAS (contemplándolo).-¿Quién ha traído este frasco misterioso?

GURNEMANZ.-De la Arabia ha venido para ti.

AMFORTAS.-¿Quién lo ha encontrado?

GURNEMANZ.-Esa mujer salvaje que ves allí tendida.

¡Kundry! ¡Levántate, ven acá! (Ella se resiste.)

AMFORTAS-¿Tú, Kundry? ¿Otra vez te haces acreedora a mi agradecimiento, incansable y feroz muchacha? ¡Veamos! Quiero probar también ese bálsamo; más que sea para demostrarte mi gratitud por tu fidelidad.

KUNDRY (tendida en el suelo e inquieta).-¡No me des gracias! ¡Ja, ja! ¿Crees que eso te servirá de algo? ¡No me des gracias! ¡Vete, vete! ¡Al baño!

(Amfortas da señal departir, el cortejo se aleja hacia el fondo. Kundry permanece tendida en el suelo. Los escuderos van y vienen.)

TERCER ESCUDERO (muchacho joven).-¡Eh! ¡tú! ¿Cómo estás allí tendida, como un animal salvaje?

KUNDRY-¿No son sagrados los animales en esta tierra?

TERCER ESCUDERO.-Sí. Pero, ¿quién ha dicho que tú seas sagrada?

CUARTO

ESCUDERO.-Me temo que con su mágico zumo acabará por arruinar completamente la salud de nuestro rey.

GURNEMANZ.-¡Vamos! ¿Acaso os ha hecho algún daño a vosotros? En los mayores apuros, cuando se ha de enviar algún mensaje a los hermanos que luchan en lejanas tierras, y vosotros ni siquiera sabéis por dónde se va; ¿quién, sino ella, lo lleva y vuelve con fidelidad, y con una prontitud de que apenas os dais cuenta? Ni le dais de comer, ni ella os trata, ni tiene nada común con vosotros; pero cuando el peligro amenaza y necesitamos ayuda, ella acude presurosa cruzando los aires y no pretende ni siquiera vuestro agradecimiento. ¿De qué culpáis, pues, si el mal que le atribuís redunda en beneficio vuestro?

TERCER ESCUDERO,-Sí; pero el caso es que nos odia. ¿No ves con qué desprecio nos mira?

CUARTO ESCUDERO.-Es una pagana, una hechicera.

GURNEMANZ.-Sí; podrá ser una condenada y todo lo que queráis; ahora vive quizás una vida nueva para expiar las culpas de la pasada, que aún no le perdonó el cielo. Y si su expiación consiste en favorecer a la orden de caballería a que pertenecemos, por Dios que hace muy bien, porque nos sirve a nosotros y al mismo tiempo a sí misma.

TERCER ESCUDERO.-Pues entonces, ¿quién sino ella tiene la culpa de todas las desgracias que hemos sufrido hasta ahora?

GURNEMANZ.-Sí; cuando ella ha permanecido mucho tiempo lejos de nosotros, nos ha ocurrido

siempre algún desastre. Hace mucho que la conozco; pero Titurel la conocía de más tiempo todavía. Cuando consagró aquel castillo, la encontró durmiendo entre las malezas de este bosque, rígida, inmóvil, como muerta. Así la encontré también yo, no hace mucho, poco

después de ocurrirnos el desastre que nos trajo aquel malvado que vive allá en aquel monte. (A Kundry.) ¡Eh, tú! Escucha y respóndeme: ¿dónde estabas cuando nuestro rey perdió la lanza? (Kundry se calla.) ¿Por qué no nos ayudaste entonces?

KUNDRY Yo nunca ayudo.

CUARTO ESCUDERO.-Ella misma lo dice.

TERCER ESCUDERO.-Si es tan fiel y audaz como dices; si se interesa por nuestro bien, ¿cómo no la envías a buscar la lanza perdida?

GURNEMANZ (con tristeza). Eso es otra cosa: nadie puede hacerlo. (Muy conmovido.) ¡Oh, lanza milagrosa y sagrada, que tantas heridas inferiste, que tantos milagros obraste! Estos ojos han visto cómo te blandían manos sacrílegas. (Abismándose en su recuerdo.) ¿Quién te impidió vencer al hechicero, ¡oh temerario Amfortas! cuando estabas armado de esa lanza? Cerca del castillo, nuestro héroe nos fue arrebatado; una mujer extraordinariamente hermosa le encantó: se arrojó en sus brazos embriagado de amor y la lanza le cayó de la mano; oí un

grito de terror; acudí precipitadamente: Klingsor desapareció, riendo y mofándose, con la sagrada lanza en las manos. Yo ayudé al rey en su fuga luchando por él; pero le atormentaba una herida en un costado: es la herida que nunca quiere cerrarse.

TERCER ESCUDERO.-Pues así, ¿conociste a Klingsor?

GURNEMANZ (dirigiéndose a los escuderos 1 ° y 2° que vienen del lago).-¿Cómo está el rey?

SEGUNDO ESCUDERO.-Parece que el baño le alivia.

PRIMER ESCUDERO.-El dolor se ha calmado con el bálsamo.

GURNEMANZ (después de breve silencio). ¡Es una herida que no quiere cerrarse nunca!

TERCER ESCUDERO.-Pero, padre, haz el favor de explicárnoslo. ¿Conociste a Klingsor? ¿cómo puede ser esto?

(A las últimas palabras de Gurnemanz el 3° y 4° escudero se habrán echado a sus pies; ahora se unen a ellos también los otros dos.)

GURNEMANZ.-Titurel, el héroe piadoso, le conocía muy bien. Cuando las artimañas y el poderío de los salvajes enemigos amenazaban el reinado de la verdadera fe, se le presentaron una vez, en noche solemne y sagrada, los bienaventurados mensajeros del Redentor. El cáliz sagrado, en que bebió en la última cena, el vaso bendito que recogió su sangre divina cuando estaba en la cruz, así como la lanza que lo derramó; estas reliquias preciosísimas entre las

más milagrosas, las entregaron a nuestro rey para que las guardara. Éste erigió al efecto un santuario. Nosotros que habéis llegado a su servicio por caminos desconocidos a los pecadores, sabéis que sólo a los hombres puros les es dado unirse a los hermanos que, fortificados, por las milagrosas virtudes del Gral, atienden a las más elevadas obras de salvación. Por esto, aquél por quien me preguntáis, Klingsor, no puede lograrlo, por más padecimientos que le cueste. Al otro lado del valle se hizo ermitaño; a su alrededor se hallaba la lejana tierra de los paganos. Ignoro las culpas que allí habrá cometido; pero lo cierto es que se estableció allí para hacer penitencia y alcanzar por este medio la santidad. Impotentes para dominar sus malas inclinaciones, pecó por su propia mano, la tendió hacia el Gral, siendo rechazada con desprecio por su guardián. Entonces, el furor que se apoderó de Klingsor, le enseñó que el ignominioso acto de su sacrificio podría servirle para ejercer funesto influjo; y lo encontró: un hechizo convirtió su desierto en jardín de voluptuosidad. En el mismo, se crían mujeres de una gracia encantadora; allí espera a los caballeros del Gral para que gusten los placeres y sientan luego un horror infernal. El que se deja seducir, ya es suyo; y de este modo hemos perdido ya a muchos de los nuestros. Cuando Titurel, agobiado por el peso de los años, confió el poder- a su hijo Amfortas, éste no se dio punto de reposo para conjurar la plaga del hechizo; ya sabéis lo que sucedió; la lanza se halla ahora en poder de Klingsor; y como con ella puede herir hasta a los santos, creen algunos firmemente que nos ha quitado también el Gral.

(Kundry se ha vuelto muchas veces repentinamente con furiosa inquietud.)

CUARTO ESCUDERO.-¡Ante todo pensemos en recuperar la lanza!

TERCER ESCUDERO.-¡Qué gloria y qué honor para aquél que la devolviera!

GURNERNANZ (después de un breve silencio).-Amfortas estaba arrodillado delante del santuario, huérfano de su más preciosa reliquia y rezaba con fervor, implorando un signo de salvación; entonces se desprendió del Gral una luz celeste y una figura fantástica y divina, le dijo, marcando bien las palabras: «El casto loco, iluminado por la compasión, espera al que yo he elegido».

(Los cuatro repiten conmovidos estas palabras. Por la parte del lago se oyen gritos y exclamaciones de los caballeros y escuderos.)

CABALLEROS Y ESCUDEROS.-¡Oh! ¡Ay, ay! ¡Sús! ¿Quién es el criminal?

(Gurnemanz y los cuatro escuderos se sobresaltan y se vuelven asustados.-Un cisne silvestre viene revoloteando y alicaído, desde el lago; va herido, le cuesta sostenerse y cae agonizante al suelo.-Entretanto dice Gurnemanz:)

GURNEMANZ.-¿Qué es eso?

PRIMER ESCUDERO.-¡Allá!

SEGUNDO ESCUDERO.- ¡Mira! Un cisne silvestre.

TERCER ESCUDERO.-¡Un cisne silvestre!

CUARTO ESCUDERO.-Está herido.

OTROS ESCUDEROS (llegan presurosos por el lado lago).¡Ay, ay, ay!

GURNEMANZ.-¿Quién ha muerto al cisne?

SEGUNDO CABALLERO (saliendo).-El cisne revoloteaba sobre el lago; el rey le saludó como un feliz presagio, cuando, de repente, una flecha...

OTROS ESCUDEROS (trayendo a Parsifal).-¡ Éste es el que disparó la flecha! ¡He aquí el arco! ¡He aquí la flecha, igual a las que él lleva!

GURNEMANZ (a Parsifal).-¿ Eres tú quien ha muerto a este cisne?

PARSIFAL.-Yo mismo. Al vuelo mato yo cualquier cosa.

GURNEMANZ.-¿Tú lo hiciste? Y ¿no te remuerde la conciencia por este acto?

LOS ESCUDEROS.-Castiga al culpable.

GURNEMANZ.-¡Crimen inaudito! Y ¿tú te atreviste a

matarlo? ¿Aquí, en el bosque sagrado, de cuya paz disfrutabas? ¿Acaso los animales de esta selva no se acercaron a ti y te saludaron cordial y piadosamente? ¿Qué te dijeron las aves, cantando desde las ramas de los árboles? ¿Qué te hizo el cisne? Elevóse para buscar a su compañera y revolotear con ella sobre el lago y bendecir el baño prodigioso: ¿su vista no cautivó tu ánimo y te dejaste inducir puerilmente a dispararle una flecha? El ave nos era propicia: ¿qué has hecho? Mira, aquí la heriste: aún brota la sangre, tiene las alas caídas; su plumaje, blanco como la nieve, está manchado..., el ojo herido. ¿Ves cómo mira? ¿Comprendes tu falta? (Parsifal le ha escuchado hasta aquí con creciente emoción: rompe su arco y arroja las flechas lejos de sí.) ¡Habla muchacho! ¿Reconoces tu culpa? (Parsifal se pasa la mano por los ojos.) ¿Cómo pudiste cometerla?

PARSIFAL -Yo no lo sabía.

GURNEMANZ-¿De dónde eres?

PARSIFAL.-No lo sé.

GURNEMANZ.-¿Quién es tu padre?

PARSIFAL.-No lo sé.

GURNEMANZ.-¿Quién te ha enviado aquí?

PARSIFAL.-Tampoco lo sé.

GURNEMANZ.-¿Y tu nombre?

PARSIFAL.-Tenía muchos, pero no recuerdo ninguno.

GURNEMANZ.-Nada de esto sabes? (Aparte.) Hasta ahora no he encontrado a nadie más que a Kundry tan torpe como este muchacho. (A los escuderos, que se han ido reuniendo en número cada vez mayor.) Ahora, idos. No descuidéis al rey que está en el baño. Ayudadle.

(Los escuderos han recogido respetuosamente el cisne y se alejan con él hacia el lago.)

GURNEMANZ (volviéndose otra vez a Parsifal). Vamos a ver. Ignoras cuanto te pregunto: ahora dime lo que sabes, pues algo sabrás.

PARSIFAL.-Tengo una madre; se llama Herzeleide; vivíamos en el bosque y en parajes desiertos.

GURNEMANZ.-¿Quién te dio el arco?

PARSIFAL.-Yo mismo me lo hice para ahuyentar las feroces águilas del bosque.

GURNEMANZ.-No obstante, me pareces de noble linaje y de alta alcurnia: ¿por qué tu madre no te hizo aprender el manejo de armas mejores? (Parsifal se calla.)

KUNDRY (tendida en un ángulo del bosque y fija la mirada en Parsifal, grita hacia el escenario con voz estridente).-A ese bastardo le parió su madre cuando Gamuret pereció en la batalla; la loca, para preservar al loco de su hijo de la muerte prematura de los héroes, le crió en el desierto, extraño a las armas. (Se ríe.)

PARSIFAL (que la ha escuchado con atención).-¡Sí! Una vez pasaron por el lindero del bosque unos hombres relucientes, montados en hermosos animales. Quise imitarlos; se echaron a reír y se alejaron. Yo los seguí, pero no pude alcanzarlos; crucé espesuras, subí a los montes, bajé a los valles; muchas veces me sorprendió la noche; otras tantas amaneció mi arco me defendió de las fieras y de los hombres grandes.

KUNDRY (con viveza). Verdad que derribó a malhechores y gigantes: todos temían al débil muchacho.

PARSIFAL.-¿Quién me temía? ¡Habla!

KUNDRY-Los malos.

PARSIFAL.-Los que me amenazaban, eran malos, dices? ¿Y a quién llamáis bueno? (Gurnemanz se ríe.)

GURNEMANZ (serio).-A tu madre, de quien te escapaste y que sufre y se desespera ahora por tu desaparición.

KUNDRY-Su dolor ya cesó: tu madre ha muerto.

PARSIFAL (muy asustado).-¿Muerta? ¿Mi madre? ¿Quién lo dice?

KUNDRY-YO pasé por delante de ella y la vi morir me dijo que te saludara a ti, loco.

(Parsifal se precipita furiosamente sobre Kundry y la agarra por el cuello.)

GURNEMANZ (deteniéndole).-¡Insensato! ¿Otra vez violencias? ¿Qué te ha hecho esa mujer? Ha dicho

la verdad Kundry no miente; no ha mentido nunca y tantas cosas nos ha referido ya... (Cuando Gurnemanz ha librado a Kundry, Parsifal se queda un rato inmóvil; luego le dan fuertes convulsiones.)

PARSIFAL.-¡Ay!... ¡Me muero!

(Kundry corre apresuradamente a un matinal del bosque, trae agua en un cuerno, rocía a Parsifal y después le da de beber.)

GURNEMANZ.-¡Bien hiciste! Devolver bien por mal. Los preceptos del Gral así lo mandan.

KUNDRY (se vuelve con tristeza).-¡Yo nunca hago el bien! Lo que yo quiero es reposo. (Mientras Gurnemanz cuida solícitamente de Parsifal, Kundry penetra inadvertida en una mata.) ¡Reposo! ¡Reposo a la extenuada! ¡Sueño! ¡Ojalá nadie me despierte! (Levantándose con ímpetu.) No, no; ¡no sueño! ¡Estoy aterrorizada! (Después de un grito sordo, le dan fuertes convulsiones, luego deja caer los brazos como extenuada de fatiga, inclina la cabeza y se aleja vacilando.) ¡Inútil resistencia! La hora ha llegado. A dormir, a dormir: no puedo más.

(Se cae detrás de la mata y permanece inadvertida. Desde el lago suena un alboroto y se descubre en el fondo el séquito de caballeros y escuderos que se van acercando con la litera.)

GURNEMANZ.-El rey vuelve del baño; el sol está ya

muy alto; ahora deja que te acompañe, pues si eres puro, el Gral te dará de comer y beber.

(Obliga a Parsifal a que le ciña suavemente el cuello con sus brazos, y le sostiene abrazándolo a su vez; así le acompaña andando a pasos lentos.)

PARSIFAL.-¿Quién es el Gral?

GURNEMANZ.-Esto no se dice; pero si tú también eres de los elegidos, sabrás quién es. ¡Mira! Me parece que te conozco bien: no hay camino material que conduzca a él y no pueden recorrerlo los que él mismo no guíe.

PARSIFAL.-Apenas ando, y ya me parece que estoy lejos.

GURNEMANZ.-Ya ves, hijo mío; aquí el tiempo se convierte en espacio.

(En tanto que Gurnemanz y Parsifal parecen empezar a andar, la escena se transforma insensiblemente de izquierda derecha: de este modo desaparece el bosque; en un peñasco se abre una puerta, por la que entran ambos, luego se les vuelve a ver andar por galerías ascendentes, las que recorren en apariencia. Se oye de lejos el sonido de unas trompas, cuyos acordes sostenidos crecen gradualmente: el tañido de las campanas parece acercarse al compás de sus pasos. Por fin llegan a una gran sala, que remata en la parte superior una cúpula, por la que penetra la luz. Desde lo alto de la misma se oye un tañido cada vez mayor.)

GURNEMANZ (dirigiéndose a Parsifal, que está como encantado). Ahora presta atención y veamos si eres loco y puro, cualquiera que sea el saber que te está reservado.

(En ambos lados del fondo se abre una gran puerta. Por la derecha entran los caballeros del Gral en procesión solemne y se colocan junto a dos largas mesas puestas, que se corren paralelamente, de modo que quede libre el centro de la sala; en las mesas hay copas, pero no viandas. Los caballeros entran cantando lo siguiente):

CABALLEROS DEL GRAL.-Estamos cada día preparados para el último banquete, aunque lo fuese el que hoy celebramos. Al que practica buenas obras, sea dado repetirlo: acérquese a la mesa y reciba el supremo bien.

VOCES DE MUCHACHOS (procedentes de la parte más elevada de la sala).-Como el héroe de la redención humana derramó gustoso su sangre por los pecados del mundo, sufriendo mil atroces dolores, pueda yo hoy derramar la mía en su nombre. El cuerpo que se ha sacrificado para redimirnos, viva en nosotros por su muerte.

VOCES DE MUCHACHOS (procedentes de la parte más elevada de la sala).-La fe vive; la paloma mensajera propicia del cielo, revolotea. Bebed el vino que por vosotros se ha vertido y recibid el pan de la vida.

(Por la puerta opuesta entra Amfortas traído en la litera por escuderos y hermanos sirvientes. Delante de él avanzan algunos muchachos llevando una caja cubierta de un manto purpúreo. Este cortejo se dirige hacia la parte central del fondo, donde se halla un lecho elevado y cubierto por un baldaquino, en el que se deposita a Amfortas; delante del mismo

hay una mesa de mármol prolongada en forma de altar, sobre la que los muchachos depositan la caja cubierta; y cuando todos los caballeros han tomado ya asiento en las mesas, sucede al canto un silencio algo prolongado. Desde el extremo del fondo, de un nicho abovedado que se halla detrás del lecho de Amfortas, sale, como del fondo de un sepulcro, la voz del viejo.)

TITUREL.-¡Amfortas, hijo mío! ¿Estás oficiando ya? (Silencio.) ¿Tendré hoy la dicha de ver de nuevo al Gral y vivir? (Silencio.) ¿Habré de morir sin que me acompañe el Salvador?

AMFORTAS (en un arranque de dolorosa desesperación).-¡Ah! ¡Desdichado de mí! ¡Padre mío, oficia tú otra vez! ¡Vive y deja que me muera yo!

TITUREL.-Por la gracia del Redentor, yo vivo en la tumba; pero soy demasiado débil para servirle: ¡expía tu culpa en su servicio! ¡Descubrid al Gral!

AMFORTAS (apartando a los muchachos).-¡No! ¡Dejadle cubierto! ¡Que nadie, nadie, sienta el dolor que yo experimentaría a la vista de lo que a vosotros os entusiasma! ¿Qué es la herida, la crueldad de sus dolores, comparada con la pena, con la pena infernal de estar condenado... a este oficio? ¡Dolorosa herencia, la que me ha tocado; a mí, único pecador entre todos, obligado a guardar el más sosegado de todos los santuarios y a implorar la bendición para los puros! ¡Oh, castigo, castigo sin igual, que me inflige la cólera de Dios todo misericordioso! Fuerza es que implore su gracia desde lo más profundo de mi corazón y que la merezca por medio de la penitencia expiatoria; la hora se acerca; ya desciende un rayo de luz sobre la obra sagrada; el velo cae; el divino contenido del vaso sagrado empieza a enrojecerse e iluminarse; embriagado del celeste placer producido por el dolor, siento verterse en mi corazón la fuente de la sangre divina: la corriente de la mía pecadora retrocede precipitadamente y refluye con ímpetu al mundo de la expiación de los pecados; de nuevo rompe la presa y brota de esta herida, igual a la inferida con la misma lanza en el costado del Salvador, de aquel que por el ardor divino de su piedad lloró con lágrimas de sangre los pecados del mundo; y en este sagrado lugar brota la sangre impura, del cuerpo del guardián de los bienes divinos y del bálsamo de la Redención. ¡Piedad, piedad! ¡Dios todo misericordioso, piedad! ¡Despójame de mi herencia,

cierra mi herida, haz que muera santamente y renazca en tu gracia! (Cae desmayado.)

VOCES DE MUCHACHOS (de la cúpula.).-«El loco casto, iluminado por la compasión: espera al que yo he elegido.»

LOS CABALLEROS (en voz baja).-Así se te anunció; espera y no desmayes; ¡hoy oficia!

LA VOZ DE TITUREL.-¡Descubrid el Grial!

(Amfortas se ha vuelto a levantar silenciosamente. Los muchachos descubren la caja dorada, sacan de la misma el «Gral» [copa de cristal antiguo], quitan la envoltura que le cubre y lo colocan delante de Amfortas.)

LA VOZ DE TITUREL.-¡La bendición!

(En tanto que Amfortas se inclina hacia el vaso con devoción y rezando en voz baja, luz crepuscular, cada vez más intensa, invade la sala.)

MUCHACHOS (desde la cúpula).-¡Tomad mi sangre, por nuestro amor! ¡Tomad mi cuerpo y acordaos de mí!

(Un rayo de luz deslumbradora baja de la cúpula sobre el vaso y éste se va colorando de púrpura cada vez más vivo. Amfortas, en éxtasis levanta al «Gral» y lo agita suavemente en todas direcciones. A la entrada del crepúsculo todos están ya arrodillados y dirigen devotamente sus miradas hacia el «Gral»)

LA VOZ DE TITUREL.-¡Oh, placer divino! ¡Cuan brillante se nos presenta hoy el Señor!

(Amfortas vuelve a depositar el «Gral», el cual palidece a medida que se va desvaneciendo el crepúsculo; luego los muchachos encierran otra vez el vaso en la caja y la cubren como antes. Al reaparecer la claridad primitiva, se vuelven a divisar las copas que se hallan sobre las mesa y que ahora están llenas de vino, teniendo cada una un pan a su lado. Todos se sientan para celebrar el banquete y así también Gurnemanz, quien deja un puesto libre junto a sí e invita con un signo a Parsifal a participar de la comida; pero Parsifal permanece a un lado, inmóvil y mudo, como estático.-Cantos que alternan durante la comida.)

VOCES DE MUCHACHOS (de la parte superior de la cúpula).-El señor del Gral, por la fuerza de su amor y de su piedad, convirtió el vino y el pan de la última cena en la sangre que derramó y en el cuerpo que ofreció en holocausto.

VOCES DE JÓVEIVES (de media altura de la cúpula). El Redentor, quien ensalzáis, ha convertido por vuestro bien la sangre y el cuerpo de su sacrificio en el

vino que bebéis y en el pan que hoy os alimenta.

LOS CABALLEROS (primer coro). Tomad el pan y fortificad vuestro cuerpo; sed fieles hasta la muerte y esforzados en las penas para realizar las obras del Salvador. (Segundo coro.) Tomad el vino y convertidlo en sangre vigorosa; estad unidos como buenos hermanos y luchad con valor.

(Se levantan con solemnidad y se tienden las manos.)

TODOS LOS CABALLEROS.-¡Bienaventurados en la fe! ¡Bienaventurados en el amor!

LOS JÓVENES.-(desde media altura de la cúpula.) ¡Bienaventurados en el amor!

MUCHACHOS (desde la parte más elevada).-¡Bienaventurados en la fe!

(Durante la comida, en la cual no ha tomado parte, Amfortas vuelve poco a poco en sí de su éxtasis. inclina la cabeza y pone la mano en la herida. Los muchachos se le acercan; sus gestos indican que la herida vuelve a manar sangre: cuidan a Amfortas, vuelven a colocarlo en litera, y mientras todos se preparan para marcharse, se llevan a Amfortas y la caja sagrada con el mismo orden en que han venido. Los caballeros y escuderos se disponen también en orden de marcha y abandonan lentamente la sala, de la que desaparece gradualmente la luz del día. Las campanas tañen de nuevo.-Cuando Amfortas suelta un grito de dolor, Parsifal hace un movimiento repentino con la mano hacia el corazón y la mantiene un rato sobre el mismo temblando; luego permanece largo rato como encantado e inmóvil. Cuando los últimos abandonan la sala y las puertas se vuelven a cerrar, Gurnemanz se acerca enojado a Parsifal y le sacude cogiéndolo por un brazo.)

GURNEMANZ,¿Qué haces aquí todavía? ¿Sabes lo que has visto? (Parsifal sacude un poco la cabeza.) ¡Era

un verdadero loco! (Abre una estrecha puerta lateral.) ¡Fuera! ¡Anda por donde viniste! Y acuérdate que Gurnemanz te aconseja dejar en paz en lo sucesivo a los cisnes de este lugar. ¡A cazar a otra parte!

(Da un empujón a Parsifal y cierra la puerta estrepitosamente con enojo. Mientras sigue a los caballeros, cae el telón.)

ACTO SEGUNDO

Castillo encantado de Klingsor-Interior de una torre con una abertura en el techo; gradas de piedra conducen al borde de las almenas de la torre; oscuridad en el fondo, al que conduce una prominencia del muro, representada por las tablas. Instrumentos y aparatos de nigromántico. Klingsor sentado a un lado de la prominencia del muro, delante de un espejo de metal.

KLINGSOR.-Ha llegado el momento; mi castillo encantado atrae ya al loco que, con infantil alegría, se viene acercando de lejos. La maldición mantiene en sueño letal a esa infeliz, a quien sé librar de su letargo. ¡Ea, pues; a la obra! (Desciende algún tanto hacia el medio y enciende una sustancia que pronto llena una parte del fondo de un humo azulado. Luego vuelve a su sitio primitivo y con ademanes misteriosos grita hacia el precipicio que tiene a sus pies): ¡Arriba! ¡Hacia acá! ¡Ven a mí! Tu dueño te llama, innominada. ¡Archidiablo en figura de

mujer, rosa del invierno! Fuiste Herodias y ¿qué más? Allá Grundigya, aquí Kundry: ¡ea, ven, Kundry! Tu dueño te llama.

(Envuelta en la azulada luz aparece la figura de Kundry. Se la oye dar un grito de horror como si despertara de un profundo sueño.)

KLINGSOR.-¿Despiertas o no? ¡Ah! Hoy también has acudido a tiempo a mi llamamiento. (Kundry suelta un grito de dolor muy vivo que se apaga gradualmente, terminando en un ligero gemido.) ¿Dónde estabas? ¡Quia! ¿Allá con esa pandilla de caballeros que te tratan como a una bestia? ¿No prefieres estar conmigo? Cuando me cogiste a su Rey... ¡ja, ja!... el casto guardián del Gral, ¿por qué te fuiste otra vez?

KUNDRY (con voz ronca e intermitente, como esforzándose en recobrar el habla).-¡Ah! ¡Tétrica noche! ¡Delirio! ¡Furor! ¡Sueño, profundo sueño! ¡Muerte!

KLINGSOR-¿Otro te ha despertado, eh?

KUNDRY (como antes).-¡Sí! ¡Mi maldición! ¡Oh, deseo irresistible!

KLINGSOR.-¡Ah, ah! ¿Deseas ver a los castos caballeros?

KUNDRY-Allí, allí serví yo.

KLINGSOR-¡Ya! ¿Para resarcirles del daño que tan malignamente les causaste? Es inútil: todos ellos son venales si yo les ofrezco el premio que desean; el más tenaz cae en tus brazos y sucumbe a la lanza

que yo mismo arranqué de las manos de su rey. Hoy se trata de vencer al más peligroso, que viene protegido por el escudo de la locura.

KUNDRY-¡No lo quiero! ¡No, no!

KLINGSOR.-Has de quererlo, porque lo debes.

KUNDRY-Tú no puedes obligarme a ello.

KLINGSOR.-Pero puedo cogerte.

KUNDRY-¿Tú?

KLINGSOR-Tu señor.

KUNDRY-¿Con qué fuerza?

KLINGSOR-¡Pues! Porque soy el único contra quien nada puedes.

KUNDRY (con una carcajada). ¡Ja, ja! ¿Tú eres casto?

KLINGSOR (furioso). ¿Qué preguntas, mujer maldita? (Cae en profunda meditación.) ¡Tormento cruel! ¡Ahora el diablo se ríe de mí, porque en otros tiempos luché por ser santo! ¡Tormento cruel! ¡Oh! dolor insoportable del deseo desenfrenado! El impulso infernal de terribles instintos que yo creía haber acallado para siempre, ¿se ríe ahora y se mofa de mí por tu boca, esposa del diablo? ¡Guárdate de ello! Alguien ha pagado caras sus mofas y su desprecio; en otros tiempos, el orgulloso devoto, fuerte en su santidad, me rechaza lejos de sí; su raza ha caído en mi poder; el guardián del santo padecerá sin remisión; y pronto, así lo es pero, yo mismo guardaré al Gral. ¡Ja, ja! ¿Te

gustó Amfortas, el héroe que te di por compañero en tus placeres?

KUNDRY-¡Oh, dolor, dolor! ¡Él también débil! ¡Todos débiles! ¡Todos caídos, como yo, ¡Dios mío! ¡oh, sueño eterno, única salvación! ¿Cómo podré yo alcanzarte?

KLINGSOR.-¡Ah! El que te resistiera te libraría; inténtalo con el muchacho que se acerca.

KUNDRY.-NO. ¡No quiero!

KLINGSOR.-Ya escala la fortaleza.

KUNDRY-¡Ay, desdichada de mí! ¿Para esto me has despertado? ¿Lo debo? ¿Es posible?

KLINGSOR (ha subido sobre el muro de la torre).-¡Qué guapo es el muchacho!

KUNDRY-¡Ay! ¡Desdichada de mí!

KLINGSOR (dirigiéndose hacia afuera; toca un cuerno).-¡Ea, ea! ¡Guardas! ¡Caballeros! ¡Héroes! ¡Sús! ¡El enemigo se acerca! (Afuera crece el bullicio y el rumor de las armas.) ¡Cómo se precipitan sobre el muro, los celosos egoístas en defensa de sus hermosas! ¡Así, así! ¡Valor! ¡Ah! No tiene miedo; ya ha desarmado al héroe Ferris; con el arma de éste acomete a toda la cuadrilla. (Kundry empieza a reír fuerte.) ¡Torpes! A ese le ha cortado un brazo, a esotro un muslo. ¡Ah, ah! Ya ceden... Huyen: no hay quien se libre sin herida. ¡Cuánto me alegro! ¡Así se estrangulen entre sí todos los caballeros del

mundo! ¡Qué altivo me siento sobre la almena! ¡Como sonríen las rosas de sus mejillas cuando dirige sus miradas con infantil sorpresa a ese solitario jardín! ¡Ea, Kundry! (Se vuelve. Kundry ha continuado riendo con risa convulsiva, y su risa se convierte finalmente en un estertoroso grito de dolor; su figura desaparece repentinamente; la luz azulada se apaga;

oscuridad completa en el fondo.) ¿Cómo? ¿Ya ha dado mano a la obra? ¡Ja, ja! Ya conozco el mágico secreto para lograr que te asocies siempre a mi servicio. ¡Tú, muchacho! Diga lo que quiera la profecía respecto a ti, has caído en mi poder, muy joven y muy torpe aún: perdida la castidad ¡ya eres mío!

(Se hunde lentamente con toda la torre; al mismo tiempo se eleva el jardín encantado y ocupa todo el escenario. Vegetación tropical; abundancia de flores lozanas; cierra el fondo, la almena del muro del castillo, a cuyos lados se apoya la parte superior del edificio -de estilo árabe suntuoso-, sobre la cual se extienden las terrazas. Sobre el muro está Parsifal mirando con sorpresa hacia abajo, al jardín. Por todas partes y procedentes tanto del jardín como del palacio, acuden confusamente hermosas muchachas, primero de una en una, y luego en número cada vez mayor, apenas vestidas y con descuido, como si acabaran de levantarse.)

LAS MUCHACHAS (saliendo del jardín).-¡Aquí ha sido el bullicio, el ruido de armas, los gritos salvajes!

LAS MUCHACHAS (saliendo del castillo).-¡Ah! ¡Venganza! ¡Sús! ¿Dónde está el criminal? ALGUNAS.-Mi amante está herido.

OTRAS.-¿Dónde esta el mío?

OTRAS.-Al despertar me encontré sola. ¿Adónde habrá huido?

OTRAS.-¿Dentro en la sala? ¡Ay, todos están ensangrentados! ¿Quién es el enemigo? ¡Vedle, allá está! ¿Y la espada de mi Ferris? Yo lo vi; hacía temblar el castillo. Oí la bocina de nuestro dueño. Mi héroe acudió presuroso; todos acudieron, pero todos fueron recibidos con tenaz resistencia. ¡Temerario! Todos huyeron de él. ¡Tú, allá, tú! ¿Por qué nos causaste tantos desastres? ¡Maldito seas!

(Parsifal baja algo más hacia el jardín.)

ALGUNAS.-¡Ah, atrevido! ¿Osas resistir? ¿Por qué derrotaste a nuestros amantes?

PARSIFAL (sumamente sorprendido).-¿Cómo no había de batirlos, hermosas niñas, si me impedían llegar hasta vosotras?

OTRAS.-¿A nosotras buscabas? Pues que... ¿nos conocías?

PARSIFAL.-Nunca había visto mujeres tan divinas; os llamo divinas; ¿os parece bien así?

OTRAS (pasando de la sorpresa a la alegría).-¿No serás nuestro enemigo?

PARSIFAL.-De ninguna manera.

LAS MUCHACHAS.-El daño que nos has causado es mucho y grande; has inutilizado a nuestros compañeros de juego: ¿quién jugará ahora con nosotras?

PARSIFAL.-De buena gana jugaría yo.

LAS MUCHACHAS (riendo).-Si nos quieres, no sigas tan alejado de nosotras; ya verás cómo te lo agradecemos si no nos rechazas; no jugamos por interés, jugamos por amor; si procuras consolarnos, recibirás consuelo de nosotras.

(Algunas han desaparecido entre el follaje y reaparecen vestidas de flores y pareciendo tales ellas mismas.)

LAS MUCHACHAS ADORNADAS (separadamente).-¡Dejad al muchacho! Es mío. ¡No! ¡No! ¡Mío! ¡Mío!

LAS OTRAS MUCHACHAS.- ¡Ah, las pícaras! Se han adornado ocultamente.

(Éstas se alejan y regresan luego vestidas de flores.)

LAS MUCHACHAS (dando vueltas, juguetonas e infantiles alrededor de Parsifal en filas alternadas y acariciándole suavemente las mejillas y la barba). Ven, ven, amor mío. Por ti me adorné de flores. Mis cuitas amorosas serán tu delicia.

PARSIFAL (en medio de ellas, sereno y sonriente).-¡Qué perfume esparcís! ¿Acaso sois flores?

LAS MUCHACHAS (ya aisladamente, ya varias a la vez).Adorno de este jardín y espíritus odoríferos, nuestro dueño nos recoge en primavera; aquí crecemos en verano al sol y florecemos voluptuosamente por ti. Senos, pues, propicio y no sea escaso el tributo que pagues a las flores, si no puedes acariciarnos y amarnos, nos marchitamos y morimos.

PRIMERA MUCHACHA.-¡Recógeme en tu seno!

LA SEGUNDA.-Déjame refrescar tu frente.

LA TERCERA.-Deja que acaricie tus mejillas.

LA CUARTA.-¡Quiero besarte en la boca!

LA QUINTA.-¡No! ¡Yo! La más hermosa soy yo.

LA SEXTA.-¡No, yo! Mi perfume es más suave.

PARSIFAL (esquivando suavemente su gracioso asedio).

Mezcla graciosa de extrañas flores, si queréis que juegue con vosotras, no me asediéis de este modo.

LAS MUCHACHAS.-¿Por qué nos reprendes?

PARSIFAL.-Porque os disputáis.

LAS MUCHACHAS.-Nos disputamos por ti.

PARSIFAL.-Pues dejadlo.

PRIMERA MUCHACHA (a la segunda). ¡Apártate tú! ¿No ves que me quiere a mí?

LA SEGUNDA MUCHACHA.-¡No, a mí!

LA TERCERA.-¡A mí más que a vosotras!

LA CUARTA.-¡No a mí!

LA PRIMERA (a Parsifal). ¿Te apartas de mí?

LA SEGUNDA.-¿Huyes de mí?

LA PRIMERA.-¿Eres cobarde con las mujeres?

LA SEGUNDA.-¿No te fías?

VARIAS MUCHACHAS.-¡Qué malo eres, qué desdeñoso, qué frío.

OTRAS MUCHACHAS.-¿Cómo permites que las flores cortejen a las mariposas?

ALGUNAS.-¡Vámonos, que está loco!

UNA MUCHACHA.-Le doy por perdido.

OTRAS.-¡Pues sea nuestro!

OTRAS.-¡No, nuestro! ¡No, mío! ¡También mío! ¡Aquí, aquí!

PARSIFAL (apartándolas algo enojado, quiere huir).¡Dejadme! ¡No me cogeréis!

(De una mata lateral de flores se oye la voz de Kundry.)

KUNDRY ¡Parsifal! ¡Detente! (Las muchachas se asustan y separan de golpe. Parsifal permanece inmóvil y estupefacto.)

PARSIFAL.-Parsifal...? Así me llamó una vez mi madre soñando.

LA VOZ DE KUNDRY-¡Quédate aquí, Parsifal! El placer y la felicidad te saludan. Apartaos de él, niñas enamoradas; flores que os marchitáis precozmente; no ha sido destinado este muchacho para jugar con vosotras. Retiraos a vuestra habitación y cuidad de los heridos; más de un héroe os está esperando solitario.

LAS MUCHACHAS (alejándose de Parsifal desalentadas y con resistencia).-¡Dejarte, esquivarte! ¡Oh, qué pena, oh, qué dolor! ¡De todo el mundo quisiéramos separarnos para quedarnos solas contigo! ¡Adiós, adiós! ¡Gracioso! ¡Orgulloso! ¡Loco!

(Al pronunciar esta última palabra desaparecen detrás del castillo soltando ligeras carcajadas.)

PARSIFAL.-¿No es sueño cuanto acabo de ver?

(Se vuelve temblando hacia el lado de donde llegó a sus oídos la voz que le dejó perplejo. Descubierta la mata de flores, ve una mujer joven de extraordinaria hermosura. Kundry

completamente transformada, aparece sobre un lecho de flores, en traje ligero y caprichoso como una odalisca.)

PARSIFAL (todavía desde lejos).-¿Me llamaste a mí, innominada?

KUNDRY-A ti te he llamado, casto loco, «fal parsi» a ti, loco casto: «Parsifal». Cuando tu padre Gamuret estaba muriendo en tierra de árabes, llamó con este nombre a su hijo que aún se hallaba en el seno de su madre. Aquí te esperaba yo a ti para decírtelo: ¿qué te ha traído sino el deseo de saber lo que ignorabas?

PARSIFAL.-No he visto, ni soñado jamás lo que ahora veo con el corazón oprimido. ¿Tú también te has desprendido de esa mata de flores? }

KUNDRY-¡No, Parsifal! Mi patria está lejos, muy lejos. He permanecido aquí únicamente para que pudieses encontrarme. Vengo de muy lejos, donde he visto muchas cosas. Vi al niño en el seno de su madre; aún me parece oír sus primeras palabras. Con el corazón embargado por el dolor, Herzeleide sonreía cuando reía el pedazo de sus entrañas, como para consolarla en sus pesares. Acostado en un lecho de mullido musgo, la madre le adormece con sus caricias y con solícitos cuidados vigila su sueño, despertándole por la mañana el tibio rocío de las lágrimas maternas. Todo en ella revelaba el llanto y el dolor interminable por el amor y la muerte de tu padre; para preservarte de igual desventura, creyó deber mantenerte lejos de las armas y de las luchas furiosas de los hombres, ocultándote con sigilo. ¡Qué inquietud, qué temor el suyo! Quería que esto no llegase nunca a tu conocimiento. ¿Ya no te acuerdas del grito plañidero que exhalaba cuando permanecías hasta muy tarde lejos de ella? ¡Ah! ¡Qué alegría, qué satisfacción la suya cuando después de mucho buscarte, daba contigo! Entonces te abrazaba impetuosamente y tú, estabas inquieto cuando te besaba. Pero no sentiste su pesadumbre, la agitación de sus dolores, cuando por fin no volviste y se borraron tus huellas: te esperó noche y día, hasta que su gemido enmudeció, y destruido el dolor por el sentimiento, imploro una muerte tranquila: el pesar desgarró su corazón y... Herzeleide murió.

PARSIFAL (cada vez más triste, cae dominado por el dolora los pies de Kundry).-¡Oh, dolor, dolor! ¿Qué he hecho? ¿Dónde estaba yo? ¡Madre! ¡Dulce, cara madre! ¿Tu hijo, tu hijo es la causa de tu muerte? ¡Oh, loco! ¡Insensato! ¿Adónde fuiste, que te olvidaste de ella? ¿Cómo pude olvidarme de ti, mi buena, mi adorada madre?

KUNDRY (siempre tendida, se inclina sobre la cabeza de Parsifal, coge con suavidad su frente y le ciñe amorosa el cuello con su brazo).-Si aún ignoras lo que es el dolor, y si la

dulzura del consuelo no embalsamó aún tu corazón: ¡expía ahora el dolor y la necesidad que sientes, con el consuelo que te brinda el amor!

PARSIFAL (entristecido).-¡Madre mía! ¡Y he podido olvidar a mi madre! ¡Ah! ¿Qué no olvidé? ¿De qué me he acordado yo nunca? En mí no vive sino torpe locura. (Se inclina cada vez más.)

KUNDRY-La confesión pondrá término a tu culpa y a tu arrepentimiento, y el reconocimiento convertirá tu locura en juicio; procura conocer el amor que se había apoderado de Gamuret cuando el ardor de Herzeleide le invadía abrasándole; el amor que te ha dado el ser y la vida; el amor que esquivan la muerte y la locura, te ofrece hoy la bendición materna como último saludo y el primer beso.

(Inclina completamente su cabeza sobre la de Parsifal y le imprime con sus labios un largo beso en la boca.)

PARSIFAL (se levanta repentinamente con un ademán que revela el mayor espanto; muestra en sus gestos que se siente mudado; comprime sus manos con fuerza contra su corazón, como para subyugar el dolor que le desgarra; por fin exclama). ¡Amfortas! ¡La herida! ¡La herida arde en mi corazón! ¡Oh, queja! ¡Queja horrible! La siento gritar desde lo más profundo de mi interior. ¡Oh miserable! Yo vi la herida manar sangre: ¡ahora mana en mí mismo! ¡Aquí, aquí! (Mientras Kundry, llena de espanto y de sorpresa, le mira fijamente, Parsifal, completamente arrebatado continúa): ¡No, no! No es la herida; derrámese su sangre a torrentes! ¡Aquí! ¡Aquí en el corazón está el incendio! ¡El deseo, el terrible deseo que abrasa y subyuga todos mis sentidos! ¡Oh, tormento del amor! ¡Como todo se conmueve, tiembla y se estremece cuando sopla el deseo!... (Sumamente bajo.) Su estática mirada está fija en el vaso sagrado; la sangre divina se enrojece; la delicia de la redención penetra con suavidad celestial en todas las almas; sólo de este mi corazón no quiere desaparecer el tormento. Aquí siento la queja del Redentor; la queja por la profanación del santuario: «¡redímeme, sálvame de manos pecadoras!».

Así resonó en mi alma la queja del Señor, con espantosa fuerza. ¿Y yo? ¿El loco, el cobarde? ¡Yo huí en busca de aventuras infantiles! (Cae desesperado de rodillas.) ¡Redentor! ¡Salvador mío! ¡Todo misericordioso! ¡Pecador de mí! ¿Cómo expiaré mi culpa?

KUNDRY (cuya extrañeza se convierte en admiración apasionada, procura acercarse temblando a Parsifal) ¡Héroe prometido! ¡Huye de la ilusión! ¡Mírame! ¡No desdeñes la Huddin!

PARSIFAL (siempre en la misma postura y mirando fijamente a Kundry, en tanto que ¿ésta se inclina hacia él, haciéndole las caricias indicadas en las palabras siguientes).- ¡Sí! ¡Esta voz! Así le llamaba; también reconozco esa mirada que le sonreía con tanta inquietud. Los labios, sí, así se estremecían por él; así se inclinaba su cabeza; así la levantaba, con esa altivez; así ondeaban sus rizos, así le ceñía el cuello con el brazo, así le acariciaba suavemente las mejillas. Aliada en todos los dolores del tormento, ¡su boca le robó con un beso la salud del alma! ¡Ah! ¡Ese loco! (Al pronunciar esta última palabra se ha levantado lentamente; da un salto y aparta bruscamente a Kundry.) ¡Corruptora! ¡Lejos de mí, lejos para siempre!

KUNDRY (con mucha pasión).-¡Cruel ¡Ah! Si tu corazón siente solamente los dolores ajenos, participa ahora también de los míos. Si eres redentor, ¿quién te impide, oh malvado, que me comprendas también a mí en tu obra de salvación? Hace una eternidad que te espero, espero al Salvador, a quien en otros tiempos desprecié con altivez. ¡Ay! ¡Cuando conocí mi culpa, ya era tarde! ¡Ah! ¡Si conocieras la maldición que en el sueño y en la vigilia, en la muerte y en la vida, en las penas y en la risa, templando nuevamente mi alma para nuevos dolores, atormenta implacablemente mi existencia! Yo le vi a Él, a Él, y me eché a reír entonces su mirada me alcanzó. Ahora le voy buscando de un mundo a otro con el deseo de encontrarlo; en mi supremo desconsuelo me parece estar cerca de sus ojos y ver ya su mirada descansar sobre mí; entonces la risa maldita vuelve a asomar en mis labios, ¡un pecador cae en mis brazos! Yo río, río, no puedo llorar; sólo puedo gritar, enfurecerme, agitarme, delirar en una noche de pesadilla que siempre se renueva, de la que despierto apenas cuando hago penitencia. Tú, a quien he deseado con ardor en mis agonías; tú, a quien he reconocido, tú, que has sido objeto de risa como un loco; déjame llorar en tu seno, deja que me una a ti, aunque sea por una hora y que me rescate y salve en ti, aun cuando me rechacen Dios y el mundo.

PARSIFAL.-¡Por toda la eternidad condenados tú y yo, si olvidara una hora sola mi misión para arrojarme en tus brazos! También te salvaré a ti, si vences tus deseos. El bálsamo que ha de poner término a tus padecimientos no te lo puede ofrecer el manantial que mana el dolor: ... no esperes jamás tu salvación si no se cierra primero. Otra es la fuente por la cual he visto suspirar dolorosamente los hermanos de allá, que mortifican y atormentan la carne sufriendo los más atroces dolores. Pero, ¿quién puede reconocer el verdadero manantial de nuestra única salvación? ¡Oh miseria, oh maldición, oh tétrica noche del delirio mundano!

¡Con el más ferviente deseo de lograr la salud eterna, consumirse en busca del manantial de la perdición!

KUNDRY-Dime, ¿fue mi beso quien te iluminó? Mi estrecho abrazo amoroso te hará lograr sin duda la divinidad. Redime al mundo: esta es tu misión. Si esta hora ha de convertirte en Dios, por ella déjame condenada eternamente y que mi herida no se cure jamás.

PARSIFAL.-¡A ti también, oh malvada, te ofrezco tu salvación!

KUNDRY-Si quieres redimirme, permite que yo te ame, divina criatura.

PARSIFAL.-Si me enseñas el camino que conduce a Amfortas, obtendrás amor y salvación.

KUNDRY (en un arranque de furor).-¡Nunca lo encontrarás! Ha caído y deja que se pierda, ¡el indigno, el que no pudo dominar su concupiscencia y de quien yo me burlé y reí! ¡Ja, ja! ¿No fue herido con su misma lanza?

PARSIFAL.-¿Quién pudo herirle con arma divina?

KUNDRY.-El, él; aquél que en otros tiempos castigó mi risa: su maldición. ¡Ah! me da fuerza; ¡y dispondré de esa arma contra ti, si dispensas al pecador la honra de compadecerte de él! ¡Ah, delirio! ¡Piedad, ten piedad de mí! Sé mío sólo una hora, sólo una hora deja que sea tuya; y te indicaré el camino que buscas.

(Quiere abrazarle: él la rechaza impetuosamente.)

PARSIFAL.-¡Apártate, mujer indigna!

KÜNDRY (rásgase las vestiduras y grita con furor salvaje).¡Socorro, socorro! ¡Venid a mí, detened al temerario! ¡Cerradle el paso, construid los caminos y los senderos! ¡Y aun cuando huyeras de aquí y encontraras abiertos todos los del mundo, jamás encontrarás el que tú buscas! Pues maldigo todos los senderos y caminos que te lleven lejos de mí: ¡Engaño! ¡Engaño, que tan familiar me eres, sé tú gula!

(Klingsor sobre el muro del castillo; las muchachas salen también del edificio en ademán de acercarse a Kundry.)

KLINGSOR (blandiendo una lanza).-¡Alto allí! te conjuro con el arma verdadera: ¡el loco me será entregado por la lanza de su señor! (Arroja contra Parsifal la lanza, la cual se queda suspendida sobre su cabeza; Parsifal la coge con la mano y la blande con ademán entusiasta haciendo al mismo tiempo el signo de la cruz.) Con este signo conjuro tu magia; del mismo

modo que esta lanza curará la herida que con ella inferiste, se convertirá en luto y en ruinas tu engañadora magnificencia.

(El castillo se hunde como por la fuerza de un terremoto; el jardín se agosta y convierte en desierto: las muchachas se quedan esparcidas por el suelo en forma de flores marchitas. -Kundry ha caído exhalando un grito. De lo alto de una ruina del muro, se vuelve otra vez hacia ella Parsifal.)

PARSIFAL.-¡Ya sabes dónde únicamente podrás volver a verme! (Desaparece.)

ACTO TERCERO

En el dominio del Gral.-Hermosa comarca en primavera. Una vega florida que se eleva suavemente en el fondo. El lindero del bosque ocupa la parte delantera del escenario y se extiende hacia la derecha. En la parte delantera, por el lado del bosque, una fuente; enfrente de ésta, pero algo más baja, una cabaña de ermitaño recostada en una roca. Amanece.-Gurnemanz, muy envejecido, vestido tan sólo con la camisa de los caballeros del Gral, sale de la cabaña.

GURNEMANZ.-De allá ha venido la voz quejumbrosa. Ninguna fiera gime tan tristemente, y menos aún en un día tan sagrado como éste. ¡Me parece que esa voz no me es desconocida! (Se oye un gemido sordo que parece exhalado por una persona oprimida por los ensueños. -Gurnemanz se acerca resueltamente a una mata de espinas que está a un lado; éste está cubierto completamente arbustos; arranca violentamente la mata; luego se detiene de repente).¡Ah! ¿Ella aquí otra vez? Estas ásperas espinas invernales la tenían oculta: ¿quién sabe desde cuando? ¡Sus! ¡Kundry! ¡Sus! El invierno se ha desvanecido, ya está aquí la primavera. ¡Despierta, despierta a la primavera! ¡Fría... aterida! Esta vez la tengo por muerta; ¿pero, no fue su gemido el que oí?

(Saca a Kundry de la mata en un estado de completa rigidez y catalepsia, la lleva sobre un cercano collado cubierto de césped, le hace fuertes fricciones en las manos y en las sienes, intenta darle vida con su aliento y hace todo lo posible para reanimarla. Por fin ella despierta. Va vestida, como en el primer acto, con el traje de mensajera del Gral; pero su color es más pálido y la ferocidad ha desaparecido de su semblante y de su actitud. Mira largo rato

fijamente a Gurnemanz. Luego se levanta, se arregla el vestido y el cabello y atiende inmediatamente al servicio, como una criada.

GURNEMANZ.-¡Pareces loca, mujer! ¿No me dices ni una palabra? ¿Así me agradeces haberte despertado otra vez de tu sueño letal?

KUNDRY (inclina lentamente la cabeza; luego pronuncia áspera y entrecortadamente estas palabras).-¡Servir... servir!

GURNEMANZ (sacude la cabeza).-¡Poco trabajo te cuesta ya eso! Ya no hay mensajes que llevar: cada uno encuentra sin ayuda las hierbas y las raíces, porque lo aprendemos de los animales del bosque.

(Entretanto Kundry se vuelve, descubre la ermita y entra en la misma. Gurnemanz la mira con extrañeza).-¡Su modo de andar no es el de antes! ¿Acaso será obra de este sagrado día? ¡Oh, día de gracias sin igual! Sin duda hoy ha despertado a la pobre de su sueño mortal para su salvación. (Kundry vuelve a salir de la ermita; lleva un jarro y se dirige a la fuente. Mientras espera que se llene, mira hacia el bosque y descubre a lo lejos a un hombre que se va acercando; se vuelve hacia Gurnemanz para indicarle que alguien viene. Éste mira hacia el bosque.) ¿Quién se acerca a la sagrada fuente? Ninguno de los hermanos lleva esa oscura armadura. (Kundry se aleja lentamente con el jarro lleno hacia la cabaña, en la que se pone a trabajar.Gurnemanz, sorprendido, se inclina hacia un lado para observar al que se acerca.-Sale del bosque Parsifal. Va cubierto de una armadura completamente negra: con la visera del casco calada y la lanza en ristre, camina cabizbajo y con vacilante lentitud, sentándose por fin sobre el pequeño collado cubierto de césped. -Gurnemanz le contempla largo rato y luego se le acerca algo más.) ¡Salud, mi huésped! ¿Te has extraviado y necesitas que te enseñe el camino? (Parsifal sacude ligeramente la cabeza.) ¿No me diriges ni siquiera un saludo? (Parsifal inclina la cabeza.) ¡Hola! ¿Qué es eso? Si tu voto te obliga a estar callado conmigo, el mío me impone el deber de decirte lo que conviene. Aquí estás en lugar sagrado; en este territorio no penetra nadie armado, con la visera calada, con la rodela y la lanza. ¡Y hoy mucho menos! ¿Acaso ignoras tú el santo día que es hoy? (Parsifal sacude la cabeza.) ¡Hum! ¿De dónde vienes? ¿En qué tierra de paganos has vivido que no sabes que hoy es Viernes Santo? (Parsifal inclina más aún la cabeza). Deja inmediatamente las armas! ¡No enojes al Señor que en este día vertió sin defensa alguna su sangre divina en expiación de los pecados del mundo!

(Parsifal se levanta después de largo silencio, arroja la lanza al suelo delante de sí, deposita el escudo y la espada junto a la misma, levanta la visera, se quita el yelmo y lo coloca sobre las demás armas, arrodillándose luego delante de la lanza y rezando una muda plegaria. Gurnemanz le contempla sorprendido y conmovido. Llama a Kundry, que acaba de salir de la ermita. Parsifal, rezando fervorosamente, eleva con devoción la mirada hacia la punta de la lanza.)

GURNEMANZ (a Kundry en voz baja).-¿Le reconoces?... Es el que antes mató el cisne. (Kundry afirma con una ligera inclinación de cabeza.) ¿El loco que yo, en mi enojo, alejé de nuestro lado? ¡Ah! ¿Por qué caminos habrá llegado aquí? Esa lanza yo la conozco. (Muy conmovido.) ¡Oh, brillantísimo día el de hoy, en que he tenido la dicha de volver a despertar!

(Kundry ha vuelto la cara.)

PARSIFAL (se levanta con lentitud y cesa en su plegaria, mira tranquilamente a su alrededor, reconoce a Gurnemanz y le tiende la mano con afabilidad en señal de saludo).-¡Celebro volverte a encontrar!

GURNEMANZ.-¿Tú también me conoces aún? ¿Me reconoces todavía, aunque los sufrimientos y la miseria me hayan abatido de esta manera? ¿Cómo has venido hoy? ¿De dónde vienes?

PARSIFAL.-He venido por los senderos del error y de los padecimientos; ahora que te vuelvo a encontrar, buen viejo, ahora que oigo otra vez el murmullo de este bosque, dime si he salido ya de ellos y erré aún. Todo me parece transformado.

GURNEMANZ.-¿A dónde ha de llevarte el camino que buscabas?

PARSIFAL.-A aquel, cuya queja profunda oí una vez con necia sorpresa, a aquel para cuya salvación ya puedo creerme elegido. Pero ¡ay! Una salvaje maldición me hizo errar sin encontrar sendero alguno, para que no diera con el camino de la salvación; innumerables sufrimientos, luchas y peleas, me desviaban de él cuando creía haber hallado el que buscaba. Ya desesperaba de salvar la reliquia divina y para preservarla me he deja-

do herir por toda clase de armas. Pues en las luchas no podía servirme de ella, la llevé siempre a mi lado sin que nadie la violara y ahora la restituyo; allí la ves radiante y augusta, la santa lanza del Gral.

GURNEMANZ.-¡Oh gracia! ¡Salud suprema! ¡Milagro santo y augusto! (Volviendo algo en sí.) ¡Oh Señor! Si fue una maldición la que te desvió del recto sendero, está seguro que ya ha cedido. Ahora estás aquí; este es el dominio del Gral y sus caballos te esperan. ¡Ah,

necesitan la salvación que tú traes! Desde aquel día que estuviste aquí, el luto y la tristeza que aquí viste aumentaron hasta la más extrema miseria. Amfortas, desesperado por su herida, por el tormento de su alma, en su feroz obstinación invocó la muerte; las súplicas y los sufrimientos de sus caballeros no bastaron ya para persuadirle de que ejerciera su divino oficio. El Gral permanece desde largo tiempo encerrado en su caja; y así, su guardián contrito, no pudiendo morir mientras le contemple, espera violentar su fin y terminar su tormento con la vida. El manjar sagrado nos fue prohibido y hubimos de alimentarnos con la comida común; de este modo, la fuerza de nuestros héroes desfalleció; ya no nos llega ningún mensaje ni nos llaman a santos combates en lejanas tierras; la caballería vaga pálida y miserable, sin valor y sin jefe. Yo me he ocultado solitariamente en este rincón del bosque, esperando con tranquilidad la muerte, la que sucumbió ya mi antiguo jefe; pues Titurel mi santo héroe, a quien no consoló ya la vista del Gral, murió... ¡como todos los demás hombres!

PARSIFAL (incorporándose con gran dolor). -Y yo soy la causa de tanta miseria. ¡Ah! ¡Cuántos pecados, cuántos crímenes pesarán desde la eternidad sobre esta cabeza de loco, siendo así que no han valido penitencias ni expiaciones para destruir mi ceguera y el último sendero de la salvación desaparece, hasta para mí, que, elegido para cumplir la misión salvadora, erré perdido!

(Va a caer desmayado. Gurnemanz le sostiene y le sienta sobre el collado cubierto de césped. Kundry acude con un jarro de agota para rociar Parsifal)

GURNEMANZ (apartando a Kundry).-¡No así! La misma fuente sagrada ha de bañar a nuestro peregrino. Tengo el presentimiento de que hoy ha de cumplir una gran obra y desempeñar un cargo sagrado; por lo mismo ha de estar limpio de mancha y hemos de lavar ahora el polvo de sus largas correrías. (Ambos vuelven cuidadosamente a Parsifal hacia el borde de la fuente. Mientras Kundry le quita las sandalias y luego le baña los pies, y Gurnernanz le quita la coraza, pregunta):

PARSIFAI. (con voz fatigada y tierna).-¿Me acompañarán hoy mismo a ver a Amfortas?
GURNEMANZ.-Seguramente; el augusto castillo nos está esperando; los funerales de mi querido señor me llaman allí. Amfortas nos prometió descubrirnos otra vez al Gral y ejercer de nuevo sus funciones que desde mucho tiempo no ha ejercido, por el bien de su augusto padre, que sucumbió a la culpa de su hijo, el cual quiere ahora expiarla de esta manera.

PARSIFAL (mirando a Kundry con admiración).-Tú me has lavado los pies; ahora rocíeme el amigo la cabeza.

Librodot

GURNEMANZ (sacando agua de la fuente con la mano y rociando la cabeza de Parsifal).-¡Bendito seas por tu pureza! ¡Así se desvanezca en ti el remordimiento de toda culpa!

(Entretanto Kundry saca del pecho una botellita dorada y vierte el contenido de la misma sobre los pies de Parsifal y luego los enjuga soltando rápidamente sus cabellos.)

PARSIFAL (le toma la botella). Ya que también me has ungido los pies, únjame la cabeza el compañero de Titurel, quien me saludará hoy mismo como su rey.

GURNEMANZ (vacía por completo la botellita sobre la cabeza de Parsifal, la restrega suavemente y luego junta sus manos sobre la misma).-Sí; así nos había sido anunciado, bendigo tu cabeza y te saludo como rey. ¡Oh tú, mártir piadoso! Ya que sufriste los dolores de aquel a quien redimes, quita de su cabeza la última carga que le agobia.

PARSIFAL, (saca inadvertido agua del manantial, se inclina hacia Kundry, que aún está arrodillada delante de él y le rocía la cabeza.) He aquí cómo empiezan

mis funciones: ¡Yo te bautizo: cree en el Redentor! (Kundry inclina profundamente la cabeza al suelo y parece llorar muy acongojada.)

PARSIFAL (se vuelve y mira con tierno entusiasmo hacia el bosque y la pradera).-¡Qué hermosa me parece hoy toda la comarca! He encontrado flores prodigiosas que se elevaban hasta mi cabeza; ¿pero cuándo he visto yo jamás tallos, retoños y flores tan hermosos y tiernos? ¿cuándo ha exhalado, todo lo que me rodea, perfumes tan suaves? ¿cuándo me habló la naturaleza un lenguaje tan íntimamente amoroso?

GURNEMANZ.-Estos son los encantos del Viernes Santo, señor.

PARSIFAL.-¡Oh día de suprema congoja! ¿No debiera en este día entristecerse y llorar, todo lo que florece, todo lo que respira, todo lo que vive y todo lo que renace?

GURNEMANZ.-Ya ves que no es así. Las lágrimas de arrepentimiento del pecador, se han convertido hoy en sagrado rocío que riega la pradera y la vega:

él las ha hecho prosperar. Todas las criaturas se regocijan de haber encontrado el beneficio vestigio del Salvador y le consagran su plegaria. No pudiéndole ver a él mismo en la cruz, contemplan al hombre redimido; ese se encuentra libre de la angustia y de los horrores del pecado, puro y salvado, gracias al sacrificio amoroso de Dios; las mismas plantas y flores de las vegas participan de este beneficio, porque hoy el hombre no las aplasta con sus pisadas, mas las respeta piadosamente, deslizándose con suavidad sobre ellas; de igual modo que Dios, con su celeste paciencia, se apiadó de él y por él padeció. Así pues, todas las criaturas

han de agradecer lo que aquí florece y pronto se marchita, porque la naturaleza, purificada de sus pecados, recobra hoy su virginidad.

(Kundry ha vuelto a levantar lentamente la cabeza y mira, con los ojos bañados en lágrimas, hacia Parsifal, en ademán suplicante.)

PARSIFAL.-Yo vi marchitarse a las que me sonreían: ¿quién sabe si hoy desean con fervor su redención? Tus lágrimas también se convierten en rocío de bendición: ¿lloras? ¡Mira! la pradera sonríe.

(La besa suavemente en la frente. Un lejano tañido de campanas va aumentando por grados.)

GURNEMANZ.-Es mediodía. La hora ha llegado: Consiente, oh señor, que tu siervo te acompañe.

(Gurnemanz se presenta con la armadura y la capa de caballero del Gral; él y Kundry visten a Parsifal. La escena se transforma muy lentamente, pero sólo de derecha a izquierda como ocurriera en el primer acto. Parsifal coge solemnemente la lanza y sigue con lento paso a Kundry y a Gurnemanz que los precede. En cuanto el bosque ha desaparecido por completo y se han abierto las puertas de la roca en la que los tres desaparecen, se divisan en las arqueadas galerías cortejos de caballeros en traje de luto y el tañido de las campanas va aumentando cada vez más. Por fin se presenta la gran sala como en el primer acto, pero sin las mesas puestas. Fúnebres antorchas alumbran la escena. Las puertas se vuelven a abrir. Por un lado entran los caballeros, llevando el cadáver de Titurel en una mortaja. Por el otro lado entra Amfortas en la litera precedido de la caja del Gral, cubierta. En el centro está eregido el catafalco, detrás el trono con el baldaquino, bajo el cual se deposita a Amfortas.-Canto de los caballeros mientras van entrando.)

PRIMER CORTEJO (con el Gral y Amfortas). Mientras nosotros llevamos al Gral al divino oficio, encerrado en su cofre, ¿a quién lleváis y ocultáis vosotros dolorosamente en esa lúgubre mortaja?

SEGUNDO CORTEJO (con el féretro de Titurel).-Este lúgubre féretro encierra al héroe y oculta la fuerza divina; es aquel a quien Dios mismo custodiaba; llevamos a Titurel.

PRIMER CORTEJO.-¿Quién derribó a quien estaba protegido por Dios mismo?

SEGUNDO CORTEJO.-Le derribó el peso insoportable de los años, cuando ya no podía ver al Gral. PRIMER CORTEJO.-¿Quién le impidió contemplar la gracia del Gral?

SEGUNDO CORTEJO.-El pecador que vosotros lleváis allí.

Librodot

PRIMER CORTEJO.-Le exhortamos hoy porque quiere ejercer por última vez las funciones de su sacerdocio.

SEGUNDO CORTEJO.-¡Oh dolor! ¡Guardián de la salvación! ¡Oficia por última vez!

(Depositan el féretro sobre el catafalco y Amfortas sobre su lecho.)

AMFORTAS.-¡Sí, gran dolor para mí! exclamaré yo también con vosotros; preferiría que me dierais la muerte, la cual sería más dulce que la más suave expiación de mis pecados.

(Alzan la mortaja. A la vista del cadáver de Titurel, todos exhalan un grito vehemente de dolor.)

AMFORTAS (incorporándose y dirigiéndose hacia el cadáver).-¡Oh, padre mío! ¡Bendito entre todos los héroes! ¡Guardián purísimo, al que una vez se inclinaron los mismos ángeles! Yo que quería morir solo, ¡te he dado muerte a ti! ¡Oh tú, que contemplas ahora al Redentor rodeado de luz divina,

suplícale que, si su bendición ha de consolar otra vez a los hermanos, su divina sangre, infundiéndoles nueva vida, me conceda por fin la muerte! ¡La muerte! ¡Única gracia que pido! ¡Ciérrese para siempre mi terrible herida, cese el veneno que me corroe, hiélese mi corazón! ¡Padre mío! A ti acudo para que le digas: ¡Salvador, concede la paz a mi hijo!

LOS CABALLEROS (acercándose confusamente a Amfortas).-¡Descubrid el cofre! ¡Oficia! Tu padre te lo manda: ¡has de hacerlo!

AMFORTAS (levantándose con impetuosa desesperación y precipitándose entre los caballeros que retroceden).No. ¡Nunca más! Ya me siento en poder de la muerte, y ¿quisiérais que volviera otra vez a la vida? ¡Insensatos! ¿Quién quiere obligarme a vivir? ¡Si no podéis darme más que la muerte! (Se arranca los vestidos.) ¡Aquí estoy, he aquí la herida abierta! ¡Ved cómo mana la sangre que emponzoña mi existencia! ¡Empuñad el arma! ¡Hundid aquí vuestras espadas, profundamente, hasta el puño! ¡Sois héroes! Matad al pecador y su tormento; y entonces el Gral arrojará espontáneamente su luz sobre vosotros.

(Todos se alejan con espanto. Amfortas se queda solo en éxtasis horrible. Parsifal, acompañado de Gurnemanz y de Kundry, sale inadvertido entre los caballeros y ahora se adelanta y tiende la lanza, tocando con la punta de la misma el costado de Amfortas.)

PARSIFAL.-Sólo un arma hay que sirva a este efecto; sólo la lanza que abrió la herida puede cerrarla. (El semblante de Amfortas brilla iluminado por celestial entusiasmo, parece vacilar por la gran conmoción; Gurnemanz le sostiene.)

PARSIFAL.-¡Sé curado, redimido y salvado! Ahora oficio yo en tu lugar. Benditos sean tus sufrimientos que dieron al loco la fuerza suprema de la compasión y el poder de la más pura sabiduría. Os devuelvo la lanza sagrada. (Todos miran con entusiasmo la lanza levantada y Parsifal, mirando la punta de la misma, continúa arrebatado). ¡Oh, milagro del bien supremo! Esa tu herida podrá cerrarse, pues ya veo brotar de la misma la sangre divina, igual a la que mana de la fuente del Gral. Éste no ha de volverse a cerrar jamás: ¡Descubrid al Gral! ¡Abrid el cofre!

(Los escuderos abren el cofre; Parsifal saca el Gral y a su vista se arrodilla rezando silenciosamente. El Gral resplandece: luz vivísima se extiende sobre todos. Titurel, que revive en aquel instante, se alza de su féretro y los bendice. De lo alto de la cúpula desciende una paloma blanca que separa sobre la cabeza de Parsifal. Éste agita lentamente al Gral a la vista de los atentos caballeros. Kundry, mirando a Parsifal, cae lentamente a sus pies y

muere. Amfortas y Gurnemanz se arrodillan y tributan homenaje a Parsifal.)

TODOS (con voces apenas perceptibles de la parte media y superior de la sala). Milagro de la salvación suprema: ¡Prodigio de la Redención!

FIN DE «PARSIFAL»